

LECCION X.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Completas.—Uso de la lengua latina en la liturgia.—Sabiduría de la Iglesia.—Canto, su razon, su origen, su belleza.—Ejemplo de san Agustin y de Juan Jacobo Rousseau.

I. Completas.—El hombre, colmado de beneficios, acaba de expresar á Dios todo su reconocimiento; las mejores disposiciones le animan; la tierra le parece triste, la vida una carga; suspira por el cielo, mas su destierro no ha terminado todavía, y aun ha de sufrir mas de una prueba. El dia en su ocaso anuncia la proximidad de la noche, tiempo duro y cruel bajo todos conceptos; el hombre, extenuado adalid, duerme, mas el demonio no dormirá; por el contrario redoblará sus astucias. Leon enfurecido sale de su antro respirando saña para apoderarse y despedazar á las reses que halle á su paso: tal es la posicion del hombre al caer el dia, y si se acercara á vosotros preguntándoos lo que debe practicar para evitar los ardides del enemigo y para conservarse fiel á Dios hasta la vuelta del sol, ¿qué consejo le dariais? Mientras meditais vuestra contestacion, voy á explicaros lo que la Iglesia le da, y en seguida me diréis si habeis pensado otra mejor:

«Hijo mio, le dice, arrójate en brazos de nuestro Padre celestial; sé sóbrio y vigilante, ruega al Ángel de tu guarda y á los Santos que te aman que no te abandonen: ruega sobre todo á María que «vele sobre tí como una madre sobre su hijo dormido, y bajo su poderosa proteccion descansa en paz, pues el demonio no podrá «ofenderte.» Y para fortificar en el cristiano los vivos sentimientos de una confianza infantil, la Iglesia le hace rezar *Completas*<sup>1</sup>. La prueba de cuanto acabamos de decir está en la misma explicacion de esta última hora del oficio; escuchad:

Las Completas principian con estas palabras: *Convertidnos, ó Dios, que sois nuestro Salvador, y apartad de nosotros vuestra cólera:*

<sup>1</sup> Completas equivale á *complemento*, pues esta hora completa el oficio.

la única cosa que puede alejar á Dios de nosotros é impedirle que vele nuestro sueño con el paternal esmero que solicitamos, es el pecado, y por esto es que empezamos suplicándole que nos purifique de él convirtiéndonos de todo nuestro corazon, para lo cual le exponemos el mas poderoso motivo, recordándole que es nuestro Salvador.

El primer salmo nos presenta al Rey profeta expresando al Señor su gratitud por la proteccion que de él recibiera, é implorando su auxilio contra sus enemigos; puesta su confianza en Dios, descansa sin cuidado en su seno paternal; y ¿qué otro canto mejor podia ponerse en boca del cristiano, el cual, otro rey profeta, despues de combatir á sus enemigos y de terminar su diaria jornada con la ayuda de Dios, va á tomar en un reposo necesario nuevas fuerzas y nuevo vigor para combatir al enemigo de su salvacion? Tal es el sentido del salmo *Cum invocarem: Cuando le invoqué, el Dios autor de mi justicia me escuchó.*

«Hijos míos, dice la Iglesia en este primer cántico, invocad, pues, «al Señor, y vuestra esperanza no quedará burlada.» Y si deseais saber cómo protege Dios al hombre que espera en él, el segundo salmo os lo enseñará, mostrándoos al que vive bajo la guarda del Altísimo reposando seguro bajo la proteccion del Dios del cielo; el demonio y sus ardides, los malos y sus maquinaciones son alejados de la vivienda del justo: *Qui habitat in adjutorio Altissimi, in protectione Dei caeli commorabitur: El que se apoya en el brazo del Todopoderoso, vivirá en paz bajo la proteccion del Dios del cielo.*

¿Qué falta ahora? Únicamente darnos un aviso, pero un aviso muy saludable, y es que estemos alerta, y que en caso de despertarnos durante la noche elevemos al momento nuestro corazon á Dios. Este es el objeto del tercer salmo: *Ecce nunc benedicite Dominum: Ahora bendecid al Señor;* si así lo haceis, la Iglesia añade: *Desde lo alto de la montaña de Sion, el Dios que crió el cielo y la tierra os bendecirá;* entonces todos los corazones y todas las voces se reunen para cantar la antifona, es decir, para asegurar que serán fieles á tan sabias prescripciones, y el himno que se entona en seguida es un prolongado suspiro por el cielo, y como el principio de la oracion que debe hacerse por la noche en caso de insomnio.

Al recitar la capitula luego despues del canto del himno el celebrante insiste sobre tan esencial disposicion. *Hermanos míos, dice, todos sois hijos de la luz y del dia por la fé y la caridad que Dios os*



ha dado; y *no somos hijos de la noche ni de las tinieblas*; puesto que creemos en Jesucristo; *no durmamos, pues, á semejanza de aquellos que no conocen igual felicidad; velemos y seamos sóbrios*<sup>1</sup>. La Iglesia nada ha olvidado, y estas últimas palabras contienen una importante lección para evitar el mal durante la noche, y reconocidos los fieles por haberla recibido, dan gracias al sacerdote, y bendicen al Señor con estas palabras: *Deo gratias: Gracias damos á Dios*.

En este momento, entre aquellos hijos de la misma familia, reunidos ahora á los piés de su Padre comun, y en breve dispersos en sus casas particulares, empieza un coloquio, una especie de adios, de despido cristiano, cuya ternura y admirable sencillez no puede expresar la lengua; solo puede comprenderla el corazón.

Un monacillo canta con su voz pura como la de un Ángel: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum: Señor, en tus manos encomiendo mi alma*.

Los fieles contestan: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum: Señor, en tus manos encomiendo mi alma*.

El monacillo: *Redemisti me, Domine, Deus veritatis: Señor Dios de verdad, Vos me rescatásteis*. El ángel de la tierra expone á Dios con estas palabras los mas poderosos motivos para que nos proteja: le pertenecemos, nos rescató á gran precio, y él es el Dios de verdad, el Dios fiel á sus promesas, una de las cuales fué la de protegernos.

Los fieles: *Commendo spiritum meum: Encomiendo mi alma*.

El monacillo: *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto: Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo*.

Los fieles: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum: Señor, en tus manos encomiendo mi alma*.

La idea del destierro y la proximidad de los peligros de la noche dan á este responsorio una melancolía que no permite terminar el *Gloria Patri* con el: *Como era al principio, ahora y siempre y en los siglos de los siglos*, palabras que están reservadas para la patria y que la Iglesia no pronuncia sino en sus grandes alegrías.

El monacillo: *Custodi me, Domine, ut pupillam oculi: Protégeme, Señor, como á las niñas de los ojos*.

Los fieles: *Sub umbra alarum tuarum protege me: Ampárame bajo la sombra de tus alas*.

<sup>1</sup> I Thes. v, 5.

¿Sabeis algo, decid, mas bello que este coloquio? ¿algo que pinte mejor el candor de un niño entre los brazos de su padre? El hijo amado, seguro de que Dios reina en el cielo, le ama con el mas acendrado cariño, solo alimenta un deseo, el de abandonar esta tierra de destierro, este valle de lágrimas, é ir á descansar en paz en el seno del Señor; y ved á su madre, á la Iglesia católica, inspirada siempre, poniendo en su boca las palabras del anciano Simeon, el cual despues de haber visto la salvacion de Israel, solo deseaba morir: *Nunc dimittis, etc. Ó Dios mio, permitid que vuestro siervo se vaya ahora en paz*. Á esto sucede una oracion que resume admirablemente las demandas dirigidas á Dios en las Completas.

La familia cristiana va á separarse, mas su jefe y padre en la tierra no puede apartarse de sus hijos sin desearles las mas abundantes bendiciones; el sacerdote no se contenta con el saludo ordinario: *Dominus vobiscum: El Señor sea con vosotros*, pues necesita expresiones mas tiernas y que expresen mejor el afecto que les profesa y su deseo de verlos felices, y dice: *Gratia Domini, etc.* «La gracia de nuestro Señor Jesucristo, la caridad de Dios Padre y la comunicaion del Espíritu Santo sean con vosotros. Amen: Así sea.»

Antes de retirarse, saludan todos una última vez á su tierna Madre que está en el cielo, á quien suplican que fije en sus hijos sus ojos misericordiosos y que les abra sus maternales brazos; en efecto, ¿puede haber mas seguro asilo que el regazo de una madre? Las bóvedas del templo resuenan ya con la *Salve Regina*, ya con la *Inviolata* ó con el *Ave Regina caelorum*, que los Ángeles escuchan con gozosa avidez y que repiten en la Jerusalem celeste, acompañándose con sus arpas de oro á los piés de la Virgen llena de gracia, nuestra madre y su reina. Idos ahora, hijos queridos, dormid en paz, pues el remordimiento no turbará vuestro sueño. «El domingo ha pasado tranquilamente para aquellos que saben verdaderamente santificarlo; la oracion, la caridad, inocentes placeres, reuniones de familia, goces honestos lo han llenado, y cuando al terminar este dia se precipita junto con los demás en el abismo del pasado, cae radiante de las buenas obras de que ha sido causa y perfumado con el incienso quemado ante los altares<sup>1</sup>.»

Para terminar todo lo concerniente á las Completas dirémos que la última hora del oficio del dia se encuentra indicada en los anti-

<sup>1</sup> Cuadro poético de las fiestas cristianas, pág. 33.



guos Padres de la Iglesia<sup>1</sup>; el uso de orar antes de acostarse parece establecido por la misma naturaleza; la Iglesia lo ha consagrado, y al mandarnos dar gracias á Dios al concluir el dia, expone á nuestra adoracion al Salvador depositado en el sepulcro, de modo que en su oficio cotidiano honra á su divino Esposo desde su cuna hasta su tumba. ¡ Hermosa materia de meditacion para sus hijos! ¡ admirable medio de hacerles lo que deben ser, es decir, otros tantos Jesucristos<sup>2</sup>!

II. El uso del latin. — La Iglesia ofrece á Dios todas las Horas de su oficio en una lengua desconocida actualmente para la mayor parte de los fieles, y se las dirige cantando; costumbres ambas en las que resplandece la sabiduría de vuestra madre. Pero vamos por partes, y veamos primeramente por qué se usa la lengua latina en las oraciones públicas.

1.º Para conservar la *unidad* de la fe. Al aparecer el Cristianismo, el oficio divino se dijo en lengua vulgar en la mayor parte de las iglesias; mas las lenguas, lo mismo que todas las cosas humanas, están sujetas á modificaciones; la francesa, por ejemplo, no es lo que era hace doscientos años; muchos nombres han cambiado de significado, al paso que otros han dejado de usarse enteramente; el giro de las frases es tan distinto del antiguo como lo son nuestras modas de las de nuestros abuelos. Sin embargo, existe una cosa que debe permanecer inmutable, la fe, y para ponerla al abrigo de la perpetua inestabilidad de las lenguas vivas, la Iglesia católica emplea una lengua fija, una lengua que no está sujeta á variaciones, por lo mismo que no se habla. La experiencia demuestra que en esto, como en todo, la Iglesia ha sido dirigida por una sabiduría divina, y sino, véase lo que sucede entre los protestantes; éstos por haber querido emplear en sus liturgias las lenguas vivas, vense cada dia obligados á renovar las fórmulas, y á corregir las traducciones de la Biblia, de lo cual han dimanado gran número de alteraciones. Si la Iglesia hubiese seguido su ejemplo, habria sido preciso reunir cada cincuenta años un concilio general á fin de redactar nuevas fórmulas para la administracion de los Sacramentos.

2.º Para conservar la *catolicidad* de la fe. La unidad de lenguaje

<sup>1</sup> S. Basil. in *Regul. interrog.*, 37; S. Clem. Alexand. lib. II *Pædag.* c. 4; S. Isid. lib. I, c. 21, *De Offic. eccl.*

<sup>2</sup> Christianus, alter Christus.

es necesaria para mantener un mas estrecho lazo y una mas fácil comunicacion de doctrina entre las diferentes iglesias del mundo, y para hacerlas mas fielmente adictas al centro de la unidad católica. Quitad el uso de la lengua latina, y tendréis que el sacerdote italiano que viaje por Francia, ó el sacerdote francés que viaje por Italia no podrá ni celebrar los santos misterios ni administrar los Sacramentos; esto mismo sucede á los protestantes, los cuales fuera de su patria no pueden participar del culto público, al paso que el católico no es extranjero en region alguna de la Iglesia latina. Honor, pues, á los Sumos Pontífices que tanto se han desvelado para introducir por todas partes la liturgia romana; el hombre imparcial ve en sus trabajos una nueva prueba de su ilustrado celo por la catolicidad, carácter augusto de la verdadera Iglesia. ¡ Ah! ¡ si griegos y latinos hubiesen usado una misma lengua, no hubiera sido tan facil á Focio y á sus secuaces el arrastrar al cisma á toda la Iglesia griega, atribuyendo á la romana errores y abusos de que jamás fué culpable!

3.º Para conservar á la Religion la majestad que le conviene. Una lengua sabia, que solo es comprendida por los hombres instruidos, inspira mayor respeto que la jerga popular; nadie desconoce que los mas santos misterios parecerian ridiculos si se expresasen en un lenguaje excesivamente familiar, lo cual han experimentado como todos los mismos protestantes, enemigos jurados de la Iglesia romana, si bien prefiriendo ser inconsecuentes consigo mismos antes que renunciar á sus preocupaciones anticatólicas; han hecho traducir el oficio divino al francés, como si los bretones, los picardos, los auvernianos, los gascones tuviesen menos derecho para rezar el oficio divino en su dialecto que los calvinistas de París para rezarlo en francés. ¿ Por qué los reformadores, que tanto se desvelan por la instruccion del pueblo bajo, no han traducido la liturgia y la sagrada Escritura en todos los dialectos? ¿ Por ventura no hubiera esto contribuido á hacer respetable la Religion<sup>1</sup>?

Por el contrario, la lengua griega en Oriente y la latina en Occidente, doble idioma del pueblo rey, conservan cierto sello de la majestad romana, que conviene admirablemente con la majestad mucho mayor de la Iglesia católica; una Religion señora del mundo debe usar la lengua de los dominadores del mundo, así como una doctrina

<sup>1</sup> Bergier, art. *Lengua.*



inmortal una lengua inmutable. Si la Religión y la razón deben estar agradecidas á la Iglesia católica por haber adoptado las lenguas griega y latina, no le deben las ciencias menos reconocimiento, pues al inmortalizar su lengua, la Iglesia ha inmortalizado la literatura de los griegos y de los romanos, así como los Papas salvaron santificándolos los monumentos de los Césares: sin la cruz que la domina, hace mucho tiempo que la columna de Trajano hubiera venido al suelo.

Además, es un error el pensar que con el uso de la lengua latina se encuentran los fieles privados del conocimiento de lo que contiene la liturgia, pues lejos de prohibirles este conocimiento, la Iglesia recomienda á sus ministros que expliquen al pueblo las diferentes partes del santo sacrificio y el sentido de las oraciones públicas<sup>1</sup>; por otra parte no ha prohibido absolutamente las traducciones de las oraciones de la liturgia mediante las cuales el pueblo puede leer en su idioma lo que los sacerdotes dicen en el altar; luego no es cierto el cargo que le dirigen los protestantes, de que ha querido ocultar sus misterios; no, su único objeto ha sido ponerlos á cubierto de las alteraciones, inevitable consecuencia de los cambios que las lenguas sufren<sup>2</sup>.

III. El uso del canto. — Del idioma de la Iglesia católica pasemos á su canto, y expliquemos su origen, su uso y su belleza. El canto es natural al hombre y se encuentra en todos los pueblos; el canto es esencialmente religioso, pues en su origen lo vemos en todas partes empleado en el culto divino. Este universal acuerdo prueba que el canto es agradable al Señor, y que es un medio legítimo para tributarle el debido culto. ¿Qué es el canto? Según un antiguo y piadoso autor es la lengua de los Ángeles<sup>3</sup>; y quizás es el idioma que hablaba el hombre antes de su pecado, en cuya hipótesis nuestra actual palabra ó modo de hablar no sería mas que una ruina de la palabra ó modo de hablar primitivo<sup>4</sup>, pues degradado el hombre todo por el crimen original, es óbvio que su *palabra* debió sufrir la degradación correspondiente; por lo menos parece que el canto será la lengua del cielo ó del hombre completamente regenerado, pues solo se habla de cantos y de armonías entre los felices habitantes de

<sup>1</sup> Conc. Trid. sess. XXII, c. 8.

<sup>2</sup> Véase al cardenal Bona, *Rer. liturg.* lib. I, c. 5, pág. 33.

<sup>3</sup> Durando, lib. V, c. 11.

<sup>4</sup> *Anales de filosofía cristiana*, año 1830.

la Jerusalem celeste. Sin embargo, sea lo que fuere de tales conjeturas, es indudable que el canto es la expresión viva y mesurada de los sentimientos del alma; su poder es mágico, y esto es otro misterio.

Para enseñar de nuevo al hombre su lengua primitiva ó la que debe hablar en el cielo, la Religión ha consagrado el uso del canto en sus divinos ejercicios; ha querido que al reunirse los hombres al pie de los altares hablasen la lengua de los Ángeles ó la de la inocencia; desterrado, en nuestros templos encuentra otra vez el hombre el idioma y el camino de su patria; rey destronado, allí le es dable balbucear la lengua que hablara en los días de su felicidad. Ahora bien, decídmelo, ¿conoceis una lección mas útil, un pensamiento mas admirable? El canto reporta además otras utilidades, á saber: conmueve el corazón y lo predispone para la piedad<sup>1</sup>; desvanece la tibieza y nos inspira una santa alegría para terminar valerosamente el oficio divino, que de otro modo parecería largo y quizás daría cansancio<sup>2</sup>; es una solemne profesión de fe y de amor, por medio de la cual declaramos gloriarnos de invocar á nuestro Señor y de entonar sus alabanzas, á pesar de los sarcasmos y blasfemias de la impiedad<sup>3</sup>; finalmente rechaza las sugerencias del demonio, alcanza el favor de Dios y atrae al Espíritu Santo, como lo vemos en la sagrada Escritura<sup>4</sup>. Así pues, el hombre canta, y la Iglesia canta con él, en lo cual se muestra la fiel heredera de todo lo verdadero, lo bello y lo bueno de las tradiciones del universo, pues todos los pueblos han cantado.

No hablaremos de los gentiles, los cuales habían pervertido el uso del canto, pues en vez de celebrar al Dios de la naturaleza, cantaban los crímenes y escandalosas aventuras de sus falsas divinidades.

Los hebreos apenas estuvieron reunidos en cuerpo de nación, cuando por medio de los acentos de su voz entonaron alabanzas al Señor; ¿quién no conoce los sublimes cánticos de Moisés, de Débora, de David, de Judith y de los Profetas? David no se limitó á componer salmos, sino que estableció en el tabernáculo coros de cantores y de músicos para alabar á Dios; Salomón mandó obser-

<sup>1</sup> S. Aug. *Conf.* lib. VI.

<sup>2</sup> S. Basil. *in Psalm.* 1; Lact. lib. VI, c. 21; S. Chrys. *in Psalm.* xli.

<sup>3</sup> Ruff. *Hist.* lib. X, c. 35, 37; Teodoreto, lib. III, c. 1.

<sup>4</sup> IV Reg. II; I Reg. XIX; Dan. III.



var igual costumbre en el templo, y Esdras la restableció despues del cautiverio de Babilonia.

Desde el origen del Cristianismo el canto fué admitido en el oficio divino, sobre todo cuando la Iglesia hubo adquirido la libertad de dar á su culto el brillo y la pompa convenientes, para lo cual la autorizaron las lecciones de Jesucristo y de los Apóstoles. El nacimiento del divino Salvador fué anunciado á los pastores de Belen por los cánticos de los Angeles, y sabidos son los de Zacarías, los de la santísima Virgen y los de Simeon; durante su predicacion el Salvador se complació en que la multitud del pueblo que salió á su encuentro le acompañasen en su entrada á Jerusalem hasta el templo cantando: *Hosanna al Hijo de David; bendito el que viene en el nombre del Señor*<sup>1</sup>. San Pablo exhorta á los fieles á excitarse mutuamente á la piedad por medio de himnos y de cánticos espirituales<sup>2</sup>, y él mismo junto con Silas cantaba á media noche en su calabozo.

Nuestros padres en la fe pusieron en práctica las lecciones del grande Apóstol, é interrogados por Plinio el Joven acerca lo que hacian en sus reuniones, contestáronle que se reunian los domingos para cantar himnos á Jesucristo como á un Dios<sup>3</sup>. Lo mismo ha sucedido en todos tiempos, y los mas grandes hombres que la Iglesia ha producido y que el mundo ha admirado daban al canto tal importancia, que no se desdeñaban de componerlo ellos mismos ni de enseñarlo á los demás; testigos de ello son san Atanasio, san Juan Crisóstomo, san Agustin, san Ambrosio y san Gregorio papa. San Ambrosio, que compuso el canto para la Iglesia de Milan en una época en que aun subsistian los teatros del Gentilismo, evitó cuidadosamente imitar sus melodías, y san Gregorio que hizo lo mismo para la Iglesia de Roma, en un siglo en que aquellos teatros no existian ya, no vió inconveniente alguno en introducir en el canto eclesiástico motivos mas agradables, que no podian traer á la memoria recuerdo alguno peligroso.

De aquí vino la distincion entre el canto *ambrosiano* y el *gregoriano*; el primero es mas grave, y mas melodioso el segundo; el pri-

<sup>1</sup> Matth. xxi, 9.

<sup>2</sup> Ephes. v, 19.

<sup>3</sup> Epist. XCVII; véanse igualmente los concilios de Laodicea, c. 15; de Cartago IV, c. 10; de Agde, c. 21; de Aix, c. 132, 133, etc.

mero se usa todavía en la Iglesia de Milan, y el segundo en la mayor parte de la cristiandad. San Gregorio adoptó lo que mas le plugo de todas las iglesias, y tomó por base de su obra el canto de los antiguos griegos, del cual escogió las melodías que mas le agradaron, las acomodó á su gusto, que lo tenia exquisito, é hizo que expresasen con mayor encanto los misterios de gozo ó de dolor, la dulce tristeza de la penitencia y la felicidad de una vida llena de virtudes.

Á ejemplo de David, Pepino, rey de Francia, y especialmente su hijo Carlomagno, manifestaron gran solicitud en favor del canto religioso, y habiendo observado que el canto galicano era menos agradable que el de Roma, enviaron á la capital del mundo cristiano á varios eclesiásticos inteligentes para estudiar y aprender el canto de san Gregorio; los enviados no tardaron en introducirlo en las Galias, si bien todas las iglesias de Francia no lo adoptaron uniformemente, y muchas tomaron solo una parte, mezclándola con el que usaban ya, siendo esta la causa de la diferencia que se observa entre el canto de varias diócesis<sup>4</sup>.

IV. Belleza del canto.—Este canto tal como existe en el dia, y á pesar de las pérdidas que ha sufrido al pasar por las manos de los bárbaros antiguos y modernos, conserva aun bellezas de primer orden, y por el uso á que se aplica es muy superior á la música; sin compás y sin rima, ofrece á los inteligentes sin prevencion un carácter incontestable de grandeza, una melodía llena de nobleza, y una fecunda variedad de inflexiones. ¿Hay, por ejemplo, nada mas sublime que el solemne canto del Prefacio y del *Te Deum*? ¿Qué mas tierno que las lamentaciones de Jeremías, y qué mas alegre que los himnos de Pascua? ¿Dónde hallaremos algo tan majestuoso como el *Lauda Sion*, tan desgarrador como el *Dies iræ*? El oficio de Difuntos es una obra maestra: diríase que se oyen los sordos gemidos del sepulcro; en el oficio de la Semana Santa es notable la *Pasión* de san Mateo, drama patético así por el recitado del historiador, como por los gritos del populacho judío y por la nobleza de las contestaciones de Jesús.

Pergoleso ha desplegado en el *Stabat Mater* toda la riqueza de su arte, mas es dudoso que haya sobrepujado al canto llano de la Iglesia; aquel maestro varió la música en cada estrofa, sin embargo de que el carácter esencial de la tristeza consiste en la repeticion del

<sup>4</sup> Lebœuf, *Tratado histórico del canto*, c. 3.



mismo sentimiento, y por decirlo así, en la monotonía del sufrimiento. *Diferentes* razones pueden hacer derramar lágrimas, pero éstas tienen siempre una amargura *semejante*; por otra parte no es comun llorar á la vez por muchos males, y cuando las heridas son multiplicadas, hay siempre una mas profunda que las demás que acaba por absorber las menos graves. Aquel canto igual en cada estrofa con palabras variadas imita perfectamente la naturaleza, pues el hombre que sufre pasea, por decirlo así, su mente sobre diferentes imágenes, mientras que permanece el mismo el fondo de sus pesares.

Así pues, Pergoleso desconoció esta verdad, que forma parte de la teoría de las pasiones, cuando quiso que ni un suspiro del alma se pareciese al que le habia precedido; allí donde hay variedad hay distraccion, y donde hay distraccion no hay ya tristeza<sup>1</sup>.

Y ¿qué diremos de los Salmos, sino que son en su mayor parte sublimes por su gravedad, particularmente el *Dixit Dominus Domino meo*, el *Confitebor tibi* y *Laudate pueri*? El *In exitu* ofrece una indefinible mezcla de alegría y de pesar, de melancolía y de esperanza: el *Kyrie eleison*, el *Gloria in excelsis* y el *Credo* de las grandes festividades elevan el alma, al paso que el *Veni Creator* expresa exactamente las ardientes súplicas de un alma que desea ser escuchada.

¡Cómo extrañar despues de lo dicho que nuestro canto sagrado produzca tan vivas impresiones en todos los hombres que tienen oído y corazón! «¡Oh Dios mio! exclama san Agustín; no me cansaba de admirar la profundidad de vuestros juicios en lo que habeis hecho para la salvacion de los hombres, y la vista de tantas maravillas llenaba mi corazón de increíble dulzura. ¡Cuántas lágrimas me hacía derramar el canto de los himnos y de los salmos que oía en vuestra Iglesia, y cuál era mi conmoción al escuchar vuestras alabanzas por boca de los fieles! Á medida que herian mis oídos aquellas divinas palabras, las verdades que expresaban se insinuaban en mi corazón, y el ardor de los piadosos sentimientos que excitaban hacia correr de mis ojos un raudal de lágrimas, pero lágrimas deliciosas, que eran entonces el mayor placer de mi vida<sup>2</sup>.»

Para citar á un hombre totalmente distinto, diremos que muchos recuerdan haber visto mas de una vez á Juan Jacobo Rousseau asistir á las Vísperas de San Sulpicio para sentir el divino entusiasmo de

<sup>1</sup> *Genio del Cristianismo*, t. II, c. 11.

<sup>2</sup> *Conf.* lib. IX, c. 6.

que no puede librarse un alma sensible, cuando participa con recogimiento de las sublimes melodías que junto con la armonía de un pueblo inmenso y con la majestad de las sagradas ceremonias alcanzaban en aquella iglesia un grado de interés capaz de elevar la piedad hasta los cielos, y de enternecer el corazón de un escéptico. El sencillo recitado de nuestras oraciones hacia en aquel hombre tal impresion, que no podia escucharlo sin que sintiera asomársele las lágrimas.

«Cierta dia, dice Bernardino de Saint-Pierre, que paseaba con Rousseau por el Monte-Valeriano, formamos el proyecto, al llegar á la cima de la montaña, de pedir un lugar en su mesa á los eremitanos que allí habitan; efectivamente, entramos en el convento poco antes de la hora destinada para sentarse á comer, y mientras los religiosos se hallaban en la iglesia, propúsome Juan Jacobo Rousseau entrar en ella para hacer nuestras oraciones. Los ermitanos rezaban entonces las Letanías de la Providencia, que por cierto son muy bellas, y despues de hacer nuestras oraciones en una capilla lateral, y cuando los ermitanos se dirigian al refectorio, Juan Jacobo me dijo visiblemente conmovido: «En este instante experimento lo que dice el Evangelio: Cuando algunos de vosotros se reunan en mi nombre, estaré en medio de ellos. En este lugar se respira un sentimiento de paz y de felicidad que penetra el alma<sup>1</sup>.»

#### Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber establecido tantos y tantos medios para hablarme al corazón; no permitais que jamás sea insensible á vuestra voz.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, cantaré de corazón, lo mismo que de boca, las alabanzas de Dios.

<sup>1</sup> *Estudios sobre la naturaleza*, t. III, pág. 306.